

pesura de los tallos de hierba; tenía ensangrentado el pecho. Era evidente que su corazón de madre no había podido contenerse; quería desviar nuestra atención. En ese instante me parecí á mí mismo un monstruo de crueldad... Me levanté dando palmadas. La madre echó á volar en seguida, y los pequeños se callaron. Mi camarada estaba furioso; me miró como un energúmeno.

—¡Has echado á perder toda nuestra cacería!—me dijo.

Pero desde entonces cada vez fué más penoso para mí el matar, el derramamiento de sangre.

POEMAS EN PROSA

I

¿En qué pensaré?

¿En qué pensaré cuando me halle á punto de morir, si es que estoy siquiera en estado de pensar?

¿Pensaré en lo mal que aproveché la vida, pasándola como en un sueño, como adormecido, sin saber paladear sus frutos? ¡Cómo! ¿Es ya la muerte? ¿Tan pronto? ¡Imposible! ¡Aún no he tenido tiempo de hacer nada! ¡Sólo que ya me disponía á hacer algo!

¿Recordaré mi pasado? ¿Fijaré mi pensamiento en los breves instantes

radiosos que tuve en la vida, en las fisonomías é imágenes para mi caras?

O bien, ¿volverán á trazarse en mi memoria mis malas acciones, é invadirá mi alma la ardorosa angustia de un remordimiento tardío? ¿Pensaré en lo que espera más allá de la tumba, y si me espera allí en efecto alguna cosa?

No... Paréceme que trataré de no pensar, que me esforzaré por idear alguna pequeñez para distraer la atención de las amenazadoras tinieblas que se ennegrecen delante de mí.

A mi presencia, cierto moribundo no cesaba de condolerse porque no le querían dar avellanas tostadas. Y sólo allá en lo más recóndito de sus ojos ya sin lustre, mientras tartamudeaba sus quejas, bregaba y se estremecía un no sé qué, como el ala rota de un pájaro herido de muerte.

II

Las dos palomas.

Estaba en la cúspide de una colina de suave pendiente. Como un mar tornasolado de oro y plata, extendíanse ante mí hasta perderse de vista campos de centeno maduros para la siega.

Era un mar sin ondas, el aire abrumador no se movía; una gran tormenta iba preparándose con lentitud.

En torno mío el sol iluminaba la tierra aún, con lumbre abrasadora, pero sin brillo ya. Y en lontananza, más allá de los campos de centeno, pero no muy remoto, llenaba un nubarrón azul oscuro medio horizonte con sus densas masas.

Todo callaba en angustioso pasmo

bajo el siniestro brillo de los últimos resplandores del sol. No se veía, ni escuchaba siquiera, ningún ave; aun los mismos gorriones habíanse escondido. Solamente, no sé dónde, mas cerca, se sentía el susurro monotono de algunas anchas hojas de bardana...

¡Y qué olor tan intenso mandaban los ajenjos á los aires, desde las verdes lindes de los campos!

—¡Vamos, pronto, más pronto! ¡Ruge, trueno! ¡Brilla, serpiente de oro! ¡Avanza, rueda, derrámate por fin, malvada nube! ¡Termina ya mi angustia y esta espera!

Pero la nube no se movía.

Continuaba en silencio pesando sobre la tierra, sin hacer más que hincharse y ennegrecerse.

Y de pronto en su azul uniforme se vió alguna cosa, cual blanco pañuelo ó copo de nieve, llevada con un movimiento constante. Era una blanca paloma que salía de la aldea... Volaba...

volaba siempre todo derecho... y bien pronto se disipó detrás del bosque.

Pasaron unos instantes... Y siempre el mismo silencio terrible... Mas hete aquí que dos pañuelitos blancos ó un par de copos de nieve, regresan por allí mismo: eran dos palomas blancas que á la aldea se volvían, con vuelo igual y derecho.

Estalla al fin la tormenta y da principio el barullo.

Me costó trabajo volver á mi casa. Ruge el viento y forcejea igual que un loco furioso. Girones de nubes rojas bajan hasta á flor del suelo; todo se confunde en remolinos; un chaparrón furioso, en columnas oscilantes azota, cruza la cara...; los relámpagos ofuscan con sus fulgores verdosos. El trueno, brusco y breve, parece un cañonazo...; aquello huele á azufre... Bajo del sobradillo de la techumbre, en el mismo reborde de la lucerna, dos blancas palomitas están metidas:

la que á su compañera fué á dar aviso y ésta á la cual condujo para salvarla.

Las dos hinchaban el cuello y se acariciaban, tocándose una á otra, ala con ala.

Están contentas... También me regocijo de verlas juntas, aunque me encuentro solo, ¡solo, cual siempre!

III

El egoísta.

Había en él todo lo necesario para llegar á ser azote de su familia.

Sin embargo, había nacido sano y rico. Durante todo el curso de su vida había continuado siendo rico y sano, por lo cual no cometió ningún acto vituperable. No se dejó arrastrar á ninguna falta de palabra ni de obra.

Era exquisitamente honrado; y orgulloso de su honradez, aplastaba con ella á todo el mundo, parientes, amigos y conocidos. La honradez era un capital del que sacaba intereses usurarios. La honradez le daba derecho á ser implacable y á no hacer sino el bien prescrito; y era implacable y no hacía el bien, porque el bien meramente prescrito no es el bien.

Nunca se había ocupado más que de su propia persona, tan perfecta y ejemplar; y se indignaba muy sinceramente cuando las demás personas no se tomaban por él igual cuidado.

Por supuesto, no creía ser egoísta; vituperaba y escarnecía por encima de todo el egoísmo, y los egoístas. Se comprende: ¡el egoísmo ajeno molestaba al suyo!

No creyendo tener la más pequeña debilidad, no comprendía ni perdonaba ninguna debilidad en los otros. En general, no comprendía nada ni á na-

die, pues por todas partes, por arriba y por abajo, por delante y por detrás, estaba rodeado por su propia persona.

Ni siquiera comprendía lo que significa perdonar: no habiendo nunca tenido nada que perdonarse á sí mismo, ¿por qué diablo iba á ponerse á perdonar á los demás?

Ante el juicio de su propia conciencia, á la faz de su propio Dios, él, esa maravilla, ese fenómeno de virtud, poníase la mano en el pecho, alzaba al cielo los ojos, y con voz clara y firme decía: «Sí, soy un hombre digno de toda clase de respetos; ¡soy un hombre moral!»

Repetirá estas palabras en su lecho mortuorio; y aun entoces, nada temblará en ese corazón de roca, en ese corazón sin manchas ni grietas.

¡Oh fealdad de la virtud satisfecha de sí misma, inflexible, adquirida á bien poca costa: eres casi tan repulsiva como la franca fealdad del vicio!

IV

Aún lucharemos.

¡Qué insignificante cosilla puede cambiar el humor de un hombre!

Lleno de tristes meditaciones marchaba yo cierto día á lo largo de una carretera. Abrumadores presentimientos me oprimían el pecho. Apoderábase de mí la melancolía.

Levanté la cabeza... Delante de mí, entre dos hileras de altos chopos, perdíase á lo lejos la carretera, recta como el trayecto de una flecha.

Y á través de aquel camino, á diez pasos de mí, saltaba á la cozcojita una familia entera de gorriones, dorada por el ardiente sol del estío. Saltaba con atrevimiento, con alegría, con seguridad.

Sobre todo, uno de ellos, el jefe, avanzaba con diabólica resolución, contoneándose un poco, sacado de pecho, piando con insolencia. En una palabra: un perdonavidas, un conquistador.

Y durante ese tiempo, allá en lo alto del cielo cerníase girando un gavilán, que quizá fuese á devorar precisamente á ese conquistador perdonavidas.

Solté la carcajada, me moví, é inmediatamente se disiparon mis tristes ideas. Sentí ánimos, audacia, regocijo de vivir.

Y cuando mi gavilán se cierna también encima de mi cabeza, ¡qué diablo!, aún lucharemos.

V

¡Que le ahorquen!

«Era en 1805—comenzó mi veterano amigo—poco tiempo antes de Austerlitz. El regimiento en que servía yo estaba de operaciones en Moravia.

»Se nos tenía severamente prohibido molestar á los habitantes; aun así nos miraban de reojo, por más que éramos aliados.

»Era mi asistente un antiguo criado de mi madre, que tenía por nombre Jegor. Era un hombre honrado y pacífico.

»Conocíale desde la infancia, y le trataba como á un amigo.

»He aquí que cierto día hubo gritos y denuestos en la casa donde estábamos alojados: habían robado á la patrona dos gallinas, y acusaba de ello

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

á mi asistente. Defendiase y me llamaba en su ayuda. ¡Ladrón él, Jegor Avtamonof! Di testimonio de su honradez á la patrona, mas ésta no quiso escuchar nada.

»De pronto se oyó en la calle un gran ruido de caballos: era el general en jefe, con su estado mayor. Iba al paso, grande, obeso, achaparrado, inclinada la cabeza y colgándole las charreteras por el pecho.

»Le vió la patrona; tirándose á través del caballo, agarró el estribo, cayó de rodillas y, con la ropa en desorden, sueltos los cabellos, se puso á quejarse, apuntando con la mano á mi asistente.

—»¡General!—exclamó.—¡Júzguenos, defiéndanos, sálvenos Vuestra Excelencia! Ese soldado me robó.

»Jegor estaba en el quicio de la puerta, derecho como una I, sacando el pecho, juntos los pies, gorra en mano; y... ¡ni siquiera chistó!

»¿Le había trastornado la vista de todos esos generales detenidos delante de él en medio de la calle? ¿Estaba ya petrificado por la proximidad de la desgracia que se le venía encima? Lo cierto es que mi Jegor estaba rígido, pestañeando, pálido como un sudario.

»El general en jefe le dirigió una mirada distraída y sombría, y gruñó un ronco: «¿Y qué dices á eso?»

»Jegor continuaba siempre inmóvil y rígido, enseñando los dientes como un bobo. Quien le hubiera visto de perfil hubiese dicho: Ese hombre se está riendo.

»Entonces el general en jefe pronunció bruscamente: «¡Que le ahorquen!» Picó espuelas al caballo y prosiguió su camino, primero al paso, después al trote largo. Todo el estado mayor se lanzó en pos de él. Sólo un ayudante de campo, volviéndose un momento sobre la silla, dirigió una mirada á Jegor.

»¡Imposible desobedecer! Apoderáronse de Jegor, para llevarlo al suplicio.

»Se puso pálido, exclamó por dos veces con esfuerzo: «¡Mis padres!... ¡Padrecitos míos!» Y luego murmuró:

—»¡Juro ante Dios que yo no he sido!

»Lloraba amargamente al despedirse de mí. Yo estaba desesperado.

—»¡Jegor! ¡Jegor! ¿Cómo no has dicho nada al general?

—»¡Juro por Dios, que yo no he sido!—repetía sollozando el pobre-cillo.

»La misma patrona estaba trémula de terror; no esperaba una orden tan cruel. Echóse también á llorar, á rugir; comenzó á suplicar á cada uno de nosotros el perdón del desdichado, á asegurár que habían parecido sus gallinas, que iba á explicarlo todo.

»Naturalmente, de nada sirvió todo

eso. ¡Asuntos de guerra, caballero! ¡La disciplina!... La patrona sollozaba á más y mejor.

»Jegor, á quien había confesado ya el sacerdote, volvióse hacia mí:

—»Digale Vuestro Honor que no se desconsuele tanto... ¡Ya la he perdonado!»

Mi amigo repitió estas últimas palabras de su asistente, y murmuró:

«¡Mi buen Jegor, palomita mía, hombre justo!»

Y una tras otra rodaron las lágrimas por sus curtidas mejillas.

VI

Los dos ricachones.

Cuando delante de mí se celebra al archimillonario Rothschild, quien, con sus inmensas rentas consagra sumas cuantiosas á educar niños, curar

enfermos y fundar asilos para los ancianos, también yo le elogio y admiro.

Pero, al alabarle y admirarle por eso, no puedo dejar de acordarme de una pobre familia de labriegos que había recogido á una huérfana en su miserable choza.

—Si nos hacemos cargo de Kartia—decía la campesina—nos dejará sin nuestros últimos cuartos, y ni siquiera tendremos para comprar sal con que sazonar la sopa.

—Pues bien; la comeremos sin sal—respondió su marido el aldeano.

¡Cuán lejos está todavía Rothschild de ese labriego!

VII

El perro.

Somos dos en mi cuarto: mi perro y yo. Fuera ruge una horrible tempe-

tad. El perro está sentado delante de mí, y me mira fijamente á los ojos.

Y yo también le miro á los ojos.

Parece que me quiere decir algo; está mudo, sin palabras; él mismo no se entiende, pero le comprendo yo.

Comprendo que en este instante, en él como en mí, vive el mismo sentimiento; y que no hay en eso diferencia alguna entre los dos. Somos idénticos; en cada uno de nosotros oscila la misma llamita temblorosa.

Vendrá la muerte y nos herirá con el viento de sus alas anchas y frías...

¿Quién podrá reconocer en seguida la diferencia de las llamitas que había en él y en mí?

No; no son un animal y un hombre quienes cruzan las miradas entre sí. Son dos pares de ojos idénticos, que se fijan el uno en el otro. Y en cada uno de esos pares de ojos, en el animal como en el hombre, la misma vida se apoya, aterrada, contra la otra.

VIII

El enemigo y el amigo.

Un sentenciado á cadena perpetua habíase fugado del presidio y huía á todo correr. Ibanle á los alcances; corría con todas sus fuerzas; sus perseguidores comenzaban á perder terreno.

Mas, he aquí que ante él se presenta un río de escarpadas orillas, un río muy estrecho, pero profundo y rápido... ¡Y no sabe nadar!

Entre las dos orillas se encontraba puesto un tablón medio podrido... El fugitivo iba á poner el pie en él...

Precisamente allí, en la margen del río, estaban su mejor amigo y su enemigo más encarnizado.

El enemigo no dijo nada, y se limitó

á cruzarse de brazos. Por el contrario, el amigo se puso á gritar:

—¡En nombre del cielo! ¿qué haces? ¡Insensato! ¿no ves que el tablón está enteramente podrido? Se romperá con el peso de tu cuerpo (el presidiario había engordado en su cautividad) ¡y perecerás infaliblemente!

—¡Pero si no hay otro medio de pasar el río, y me persiguen!—gimió desesperado el infeliz.

Y puso un pie en el tablón.

—¡No permitiré, no, no consentiré que perezcas así!—exclamó con calor el amigo.

Y en un abrir y cerrar de ojos arrancó el tablón de debajo de los pies del fugitivo. Este fué precipitado en seguida al torbellino de las aguas, y se ahogó.

El enemigo rióse satisfecho, y se alejó. En cuanto al amigo, se sentó desconsolado á orilla del río y se puso

á llorar amargamente la desventura de su pobre, pobrecito amigo.

—¡No me ha querido escuchar! ¡No me ha escuchado!—murmuraba con pesadumbre.

En cuanto á atribuirse la muerte de su amigo, eso ¡ni pensarlo!

—Por supuesto—se dijo al fin á sí mismo —¡hubiera tenido que languidecer toda su vida en una horrible prisión! Por lo menos, ahora ya no sufrirá más. ¡Mejor es! ¡Sin duda, así lo quería su destino! Y, sin embargo, hablando humanamente, ¿cómo no condolerse de él?

Y el alma caritativa continuó inconsolable, llorando á lágrima viva por su desventurado amigo.

RELIQUIAS VIVAS

«Pescador seco y cazador mojado, mal anda su año (1)», dice un proverbio francés. Como yo nunca he tenido afición á la pesca, no puedo juzgar de las impresiones que experimenten los pescadores en un hermoso día de sol, ni apreciar hasta qué punto podrá consolarse, en tiempo lluvioso, el que se siente calado hasta los huesos, con la perspectiva de una abundante

(1) Literalmente: «mala facha ó triste papel hacer».—(N. DEL T.)